

LA HEROINA DE PATZCUARO



Doña María Gertrudis Bocanegra de Vega.



J. I. de la Vega Torres.

I

Gertrudis Bocanegra era la hija de un rico español, avecindado en Pátzcuaro.

Hallándose ya en la pubertud, fué solicitada en matrimonio por un joven de apellido Vega, que era Alférez en los ejércitos del Rey. Para corresponderle, Gertrudis le exigió que abandonara todo servicio del Gobierno virreinal, pues ya desde entonces germinaban en su corazón los sentimientos patrios que habían de conducirla más tarde hasta el sacrificio. Vega convino en ello, y se dirigió entonces al padre de la joven a fin de que diera su consentimiento para el enlace.

Trabajo costó que lo otorgara, pues debido a las ideas reinantes y a que el pretendiente era de color moreno, lo creía de casta inferior a la suya y a la de su hija. Fué preciso que éste empleara algunas influencias no sólo de otros españoles, sino del mismísimo Obispo de Michoacán, y aun del Arzobispo de México.

Vencida al fin la resistencia del padre de Gertrudis, efectuóse el matrimonio, después de renunciar Vega a su puesto de Alférez real, en cumplimiento de la palabra que había dado a su prometida.

Como regalo de boda, la hermosa Gertrudis recibió del autor de sus días una casa para habitación, y en ella se estableció con su marido. Gozó de completa dicha en su hogar; tuvo tres hijas y un hijo y merced al trabajo del esposo y a las economías, orden y buen gobierno doméstico de la esposa, aquel feliz matrimonio pudo reunir un regular capital, que le conquistó magnífica posición en el lugar.

II

Había estallado la guerra de insurrección, proclamada por Hidalgo en Dolores. De un extremo a otro de la antigua Nueva España, se trabajaba por el triunfo de los patriotas. El anhelo de la Independencia era general y lo mismo palpitaba en el corazón de los campesinos que en el de los ricos, en el de las damas que en el de los niños. ¡Todos querían que México fuera libre!.

En el seno de la familia de Gertrudis Bocanegra, aquel sentimiento había llegado a un grado increíble, pues la animosa matrona llena de entusiasmo, había comprometido a su esposo y a su hijo, que a la sazón contaba tan sólo diez y siete años, a que abrazaran la causa de la Independencia, tomando las armas y marchando a pelear a las órdenes de algún caudillo insurgente.

En su casa reuníanse por las noches varias personas de las que simpatizaban con la idea de emancipación, ya para comentar las noticias que se recibían, ya para idear la manera de mandar algunos recursos de gente, dinero y víveres a los jefes que combatían en los campos de batalla. Y a fin de que no se diera a aquellas reuniones en caso de una sorpresa, el carácter de junta política, se fingía que su objeto no era otro que jugar al tresillo.

Sentábanse todos alrededor de una mesa; pero la señora de la casa tomaba asiento en un canapé de los que entonces se usaban, y desde allí estaba pendiente de lo que pudiera suceder.

Así se fraguaban combinaciones, se tomaban acuerdos y se resolvía lo que debería hacerse para ayudar a la revolución. Por medio de unos cigarrillos especiales que se torcían por la propia Gertrudis en aquellas fingidas tertulias se comunicaba lo que allí se acordaba a los que en lugares próximos o lejanos luchaban por la patria.

Cierta ocasión, un criado de la señora Bocanegra, que servía de mensajero para llevar a su destino aquellos cigarrillos, fué aprehendido por sospechoso; y aunque nada se le pudo probar y se mantuvo en una negativa abosluta, fué al fin fusilado, sólo por sospechas. Esto contristó profundamente a la citada dama y sus compañeros; pero no por eso desistieron de sus trabajos, sino que los prosiguieron con el empeño y diligencia acostumbrados.

Sucedió también por aquellos días que un Coronel Gaona que militaba en las filas insurgentes, se enamoró de la hija mayor de la señora Bocanegra. Excusado es decir que ésta, llena de entusiasmo consintió gustosa en aquellas relaciones, pues así contaba con un hijo más en el ejército acaudillado por Hidalgo.

Gaona se distinguió de tal manera en la guerra, y fueron tantos los encuentros en que salió victorioso, que según noticia que hemos leído en alguna parte, llegó al grado de General.

Entretanto la revolución insurgente había tomado extraordinarias creces. Por todas partes se levantaban guerrillas; en donde quiera se libraban combates.

El hijo de la señora Bocanegra había muerto en uno de ellos, y su esposo gravemente herido, había sido llevado para su curación al Beaterio de Morelia, en donde estaba, para su seguridad la hija casada con Gaona. Allí murió Vega a consecuencia de su herida.

III

El fin de aquellas dos vidas, que le eran tan caras, lejos de abatir a la señora Bocanegra la llevó a tomar una resolución inaudita, sobre todo, tratándose de una dama acostumbrada a las mayores comodidades. Lanzóse a los campos donde peleaban los independientes no sólo para

compartir con ellos sus trabajos, sino principalmente para exhortarlos a que no desmayaran, así como también para buscarles recursos y elementos yendo a los pueblos, haciendas y ranchos en busca de gentes que se agregaran a las filas y tomaran parte activa en los combates.

La ardorosa amazona prestaba así un valioso contingente a la insurrección; pero en cambio, había veces que su presencia en el campamento era embarazosa, especialmente para su hijo político Gaona y sus compañeros quienes forzosamente tenían que estar pendientes de ella para cuidarla, evitarle molestias y peligros y ponerla a cubierto de las emboscadas y asechanzas del enemigo. Algunas veces teniendo que avanzar o retroceder, según los movimientos de los realistas, no podían hacerlo sino con grandes dificultades, pues la señora se empeñaba en afrontar las más tremendas situaciones. En vano se le suplicaba que se retirara a su casa de Pátzcuaro para apartarla de los azares de la guerra; ella se negaba a todo y decía que quería morir al lado de los que defendían a la patria.

Por fin, fué necesario inventar un plan para obligarla a regresar a la ciudad donde tenía a su familia. Dijéronle que convenía a los intereses de la revolución que fuera ella en persona a preparar un movimiento que debería estallar en Pátzcuaro y el cual consistiría en que, al acercarse las partidas insurgentes a que pertenecía Gaona, se lanzara un nuevo grito de Independencia por la guarnición de la plaza, que al efecto sería sobornada. Ese grito sería secundado por aquellas partidas, y así quedaría la ciudad toda a favor y en poder de los insurrectos.

Partió la señora Bocanegra para Pátzcuaro, siendo recibida por sus hijas con extraordinaria alegría. Apenas pasados los primeros momentos de expansión, se dedicó a cumplir con el encargo que había recibido. Todo lo preparó con el debido sigilo, prudencia y sagacidad; mas cuando ya creía próximo a lograrse su intento, una delación infame desbarató su obra y causó su desgracia.

IV

Cuando residía en Pátzcuaro, años o meses atrás, había salvado del patíbulo, a fuerza de dinero, a un sargento de las tropas insurgentes, el cual fingiendo un profundo agradecimiento, pidió a la señora Bocanegra que lo recibiera en su casa en clase de criado pues deseaba servirle hasta la muerte, para pagarle su acción noble y generosa. Con sintió la señora y el criado permaneció a su lado durante algún tiempo, encontrándose todavía en la casa cuando aquélla regresó del campo insurgente.

Juzgó ella digno de toda su confianza, y desde luego comenzó a utilizarlo en el desarrollo del plan que se proponía realizar; pero sucedió que por aquellos días se perdieron unos cubiertos de plata y recayendo sospechas en el ex-sargento, la señora Bocanegra le hizo una reconvención en tono suave y benévolo, que sin embargo lo irritó, siendo esta causa de que, por despecho y con el deseo de vengarse, denunciara a su ama como conspiradora ante el Comandante de las fuerzas de Pátzcuaro.

Esta infame acción dió el resultado que se proponía el ingrato y malvado delator. Aquel jefe montó en cólera, y lleno de temor de que la conspiración se realizara, inmediatamente se dirigió a la casa de la señora Bocanegra para aprehenderla. Esta se hallaba sentada a la mesa comiendo tranquilamente con sus hijas, y al ser intimada para que se diera presa, contestó con toda calma que estaba a disposición de la autoridad.

Conducida a la cárcel, fué interrogada sobre la conspiración que se le atribuía, excitándola, además, a que dijese los nombres de sus cómplices. Ella contestó con toda entereza que no los tenía, pero que, aunque los tuviera, jamás los denunciaría.

El Comandante la instó repetidas veces, y por varios

días, para que confesara, prometiéndole que se interesaría con el Virrey para que la perdonara y le devolvería la libertad a ella y a sus hijas, pues éstas también habían sido detenidas. Ofrecióle, además, la devolución del dinero y alhajas de que las tropas realistas habían despojado a su familia en una de sus haciendas, estando ella ausente. ¡Todo inútil! La señora Bocanegra, con gran energía, siguió sosteniendo que no tenía cómplices, y agregó que si era culpable se le castigara con la pena que se quisiera, aun cuando fuera de muerte.

Despechado el Comandante, apeló a las amenazas y al terror para vencer tan firme resistencia.

Leyó a la prisionera el bando del Virrey, en virtud del cual deberían ser fusilados y colgados los que tomaran parte en la insurrección, o de cualquier manera la ayudaran y favorecieran, o bien conspiraran para procurar su triunfo, advirtiéndole que esa pena se le aplicaría a ella, si continuaba negando los hechos que se le imputaban.

Doña Gertrudis contestó con toda valentía y entereza: "Que estaba resuelta a todo, aun a sufrir la pena de que hablaba el bando realista, y que podía disponerse de su persona como se juzgara conveniente, siempre que se probara aquello de que se la acusaba".

No se dió por vencido el jefe realista ante una respuesta tan terminante, pues él quería a todo trance averiguar quiénes eran los comprometidos con aquella heroica mujer para sublevar las tropas de su mando. Mas la señora Bocanegra, firme como el primer momento, volvió a repetir que no tenía cómplices, y que aunque los tuviera, jamás diría sus nombres.

Ya con esta última contestación, el Comandante no tuvo otra salida que condenar a muerte a la heroína, ordenándole que se dispusiera para ser fusilada al día siguiente.

V

Nombróse para que auxiliara en sus últimos momentos a la señora Bocanegra, a un sacerdote franciscano, el cual, lo mismo que toda la comunidad, le tenía gran afecto, por haber recibido de ella incontables beneficios.

La heroína resistió aun las instancias que le hicieron el Ministro de Dios y sus hijas para poner de su parte lo que fuese necesario, a fin de salvar su vida; y resuelta a morir, antes que otros sufrieran por su causa, recibió todos los auxilios de la Religión con ánimo entero y abnegación sublime.

Así marchó al cadalso. Con toda la energía de su gran carácter arrancóse la venda que cubría sus ojos y arengó al pueblo para que no desmayara en la lucha y siguiera trabajando para conseguir su independencia.

Al pasar frente a la puerta del Hospital fundado por su padre, el sacerdote que la acompañaba le preguntó:

—¿Sabe usted por dónde vamos?

—¿Cómo he de saberlo—contestó ella—, si han vuelto a ponerme la venda, y no veo por dónde voy?

—Pues estamos frente al Señor de los Bocanegras que está en la puerta del Hospital.

—¿Y podré orar ante El por última vez?....

—Voy a preguntarlo, —le contestó el sacerdote.

Fué, en efecto, a solicitar la licencia necesaria del jefe de la escolta, y concedida que le fué, la señora se arrodilló ante el Crucifijo, orando por breves momentos con gran fervor.

Al levantarse, dijo con gran serenidad:

—Ahora sí, vamos a mi destino, a juntarme con Dios.

La señora Bocanegra siguió con paso firme por su triste y doloroso camino. De trecho en trecho deteníase para exhortar a la multitud a que no se desanimara y a que trabajara por su Independencia, anunciándole que Dios lo premiaría concediéndole su libertad.

Llegó por fin al lugar del suplicio. Allí la señora se quitó una peineta de oro que sujetaba sus cabellos y la entregó al sacerdote, suplicándole la llevase a su hija mayor, como un recuerdo maternal. Su reloj lo destinó a otra de sus hijas, y por último, recomendó al sacerdote que el chal de seda que la cubría, le fuese entregado a su hija menor.

—Padre, dígales usted a todas ellas, que su madre, desde el cadalso, y ya próxima a expirar, les envía como un recuerdo estas pobres prendas; que les encarga que jamás se aparten del camino de la virtud, y que yo, desde el cielo, velaré por ellas.

El sacerdote, y los que pudieron oír las anteriores palabras, lloraban conmovidos.

Pocos momentos antes de la descarga que había de acabar con aquella preciosa existencia, la señora Bocanegra volvió a arengar al pueblo, tratando de quitarse la venda por última vez.

No pudo conseguirlo, a causa de tenerla atada con mucha fuerza y resignada al fin, preparóse a recibir las balas que habían de taladrar su cuerpo.

Estas no tardaron en ser disparadas por los fusiles realistas, cortando en un instante la vida de aquella admirable

mujer, que supo sacrificarse por la patria, el 10 de octubre de 1817.

Así terminó su existencia doña Gertrudis Bocanegra de Vega, la ilustre heroína de Pátzcuaro!.....

Victoriano Agüeros.

Tomado de:

“El Tiempo Ilustrado”.

Año X, Núm. 39, Pgs. 653-654.

Domingo 25 de septiembre de 1810.